

# ESCLAVOS EN EL PAKISTAN



Los hechos han sido comprobados. Estos tres hombres que aparecen encadenados eran tres vigilantes de un campo de esclavos en un lugar de Pakistán.

## EL GOBIERNO TRATA DE ACABAR CON LA PLAGA DEL COMERCIO DE ESCLAVOS

**U**NA calurosa y polvorienta tarde de agosto de 1959, los hermanos Ghulam (quince años) y Amir Hussain (diecinueve) se tumbaron en un rincón de la estación de ferrocarril de Muzaffargarh, se envolvieron en una raída manta e intentaron dormir. Hacía tres semanas que habían abandonado su pueblo natal en busca de trabajo y dinero, y ahora se hallaban en la estación de la ciudad comarcal del Pakistán Occidental y esperaban un milagro. Esa tarde de agosto apareció el milagro en forma de un hombre con gafas de sol. El desconocido se presentó como enviado de una gran

casa constructora y buscaba trabajadores para la construcción de un gran canal de irrigación, en el desierto, no muy lejos de Muzaffargarh. El hombre sacó del bolsillo dos billetes de cinco rupias. Los hermanos Hussain enrollaron emocionados sus mantas y siguieron al desconocido. Junto con otros nueve muchachos, dos de ellos de ocho años, fueron transportados al desierto de Thal, del cual se dice que es el más caluroso del mundo.

Se encontraron con un par de tiendas de campaña, un sinfín de asnos y un vigilante, el kharkar. «Aquí se trabaja duro —dijo—, veinte horas al día y siete días a la semana, y sus colegas que llevarán más tiempo allí podrían

decirles lo que les pasaba a los vagos». Amir Hussain preguntó tímido que cómo era el asunto del salario. El kharkar contestó que ya habían recibido cinco rupias, y que más no había. Amir fue destinado a las pallas, Ghulam tenía que cargar los burros con las alforjas llenas de tierra y piedras. El trabajo comenzaba a medianoche. Hacía las ocho de la tarde, los asnos estaban tan cansados, que el kharkar tenía que conceder a los trabajadores una pausa de cuatro horas para dormir. Para desayunar le daban a cada uno un «chapati», un pedazo de pan tan grande como un plato y un ajo, además una taza de té, sin leche, con azúcar. Para cenar

había lo mismo, y no se comía nada más.

No se podía pensar en la fuga. Había constantemente cinco vigilantes con fusiles, dispuestos a acribillar a cualquiera que abandonase su puesto. Durante la noche se encadenaba a los esclavos unos con otros con pesadas cadenas. Cuando Ghulam se durmió un día durante el trabajo, el kharkar le golpeó con la «belcha», la gran pala. Con el brazo partido, Ghulam tuvo que seguir trabajando. El castigo más corriente era golpes de «belcha» en los dedos. Casi todos los trabajadores del campo tenían las manos deformadas por los golpes.

Durante dos años, los padres

**SIGUE**



Cuando ya los asnos no podían aguantar más porque desfallecían, los vigilantes concedían un descanso a los trabajadores: cuatro horas de descanso y veinte horas de faena. En la foto inferior, los esclavos rescatados muestran sus manos, que aún conservan las huellas de los malos tratos recibidos, cortaduras y deformaciones.



# ESCLAVOS EN EL PAKISTAN

En la pierna del esclavo se pueden apreciar las cicatrices producidas por el roce de los grilletes con los que se les aseguraba durante la noche. En la foto inferior, la familia Hussain, de la que se habla en el texto, una de las muchas víctimas de este siniestro tráfico.



de Ghulam y Amir no supieron nada de sus hijos, cuando un buen día llegó al pueblo el hombre de las gafas oscuras. Venía a traer saludos de los hijos, dijo, y si los padres querían, podían ir con él a visitarlos. El matrimonio Ahmed y Hunza Hussain lo siguieron muy contentos, y abandonaron el pueblo, Swat, para ir al campo de trabajo en el desierto de Thal. Jamás regresaron a Swat. Ahmed tuvo que trabajar en el canal, la señora Hunza tenía que cocinar y lavar para todo el campo de trabajo.

Aún vivían dos niños de la familia Hussain en Swat: el hijo, Patagol, y la niña, Bibi. Pronto recibieron ellos también la visita del amable empresario. Esta vez dijo que los hermanos y los padres querían verlos. Pero Patagol estaba escéptico, no confiaba en el asunto y no quería ir con el desconocido. El amable desconocido le ofreció un cigarrillo, y también había traído dulces para Bibi. Cuando ambos despertaron de su sopor, se hallaban ya en el campamento del desierto.

El padre, Ahmed, ya no podía trabajar rindiendo lo que los demás, y por ello era más apaleado que los jóvenes. Cuando un día no pudo moverse, tras un golpe de la «belcha», los vigilantes lo enterraron, aún vivo, en la arena a la orilla del río. Cuando Bibi cumplió doce años, un vigilante de un campo de trabajo vecino se interesó por la niña. Por 50 rupias (unas 750 pesetas) le compró al kharkar la niña. La madre y los hermanos no la han vuelto a ver.

En la noche del 15 de mayo de 1967, una brigada de policía asaltó el campamento. De los 117 esclavos que se liberaron esa noche, 90 eran menores. El más joven de ellos, un niño de ocho años, hacía nueve meses que estaba en el campamento y el más viejo había pasado los últimos veinticinco años en campos de trabajo para esclavos.

La Policía paquistaní descubre casi a diario nuevos campos de esclavos. Hasta ahora ha libertado a más de quinientos hombres y ha aprehendido a cien vigilantes. El Presidente del Estado, Ayub Khan, ha ordenado una investigación muy severa. Ante todo quiere saber hasta qué punto tenían conocimiento de lo que pasaba en los campos los funcionarios de las empresas constructoras.

Entre tanto, los empresarios de la construcción luchan desesperadamente por la conservación de sus campos de concentración de esclavos. El jefe de Policía de Hyderabad calcula que solamente en su distrito hay escondidos en la selva más de mil trabajadores forzados. Se puede comprender muy bien los esfuerzos de las empresas en estos días de mayo, si se tiene en cuenta que se pagan alrededor de noventa millones de pesetas por cada encargo mediano estatal, y lo bonito que debe ser el no tener ningún gasto aparte de un par de rupias para el soborno y el alimento para los asnos.

Ahí está, por ejemplo, la historia de un simple kharkar que, hoy todavía analfabeto, se ha convertido en pocos años en uno de los hombres más ricos del Pakistán, y puede estar seguro de recibir una fuerte cantidad por cada encargo que haga el Gobierno: su hermano es un influyente diputado en la Asamblea Nacional.

Actualmente los vigilantes de esclavos detenidos en Muzaffargarh esperan su condena: el apaleamiento.

